

Roberto Ransom

*This fantastic animal was usually referred
to as "the cruell craftie crocodile"*

JEAN-PIERRE HALLET

Tears, idle tears, I know not what they mean.

TENNYSON

a mis amigos de los martes

El baño no ha sido abierto en varios días. Debajo de la puerta está, como siempre, el olor a ciénaga. La última vez que abrí fue para echarle dos gallinas muertas: sé que con mucha hambre aceptas cadáveres. El baño es otro mundo que se ha ido transformando de un espacio común a cualquiera de las casas del fraccionamiento, ubicado en el segundo piso donde están las recámaras, compartido por toda la familia, a tu lugar, que no es terrario, ni pecera, sino ambas cosas. La regadera se ha transformado en tina, el piso de lozas ha sido cubierto con grava y arena, se ha ampliado la pequeña ventana para que entre más luz. Los cambios no sucedieron inmediatamente. Decíamos hacerlos para nosotros mismos. Siempre quisimos una tina en un baño espacioso y con mayor luz.

Los vecinos se han cansado de quejarse. Saben que la casa 17 huele mal. Les gusta su almizcle en perfumes. Tú has dejado de ofenderte porque yo te lo diga. En lo personal, me gusta tu olor, me parece enervante. A veces oyen golpes contra la pared, como de un objeto muy pesado. La casa está cerrada a los de afuera. No saben que es tu cola, que aprendiste a menear imitando al perro de la casa. Luego, como era natural, sin modelo ni compañero de juego, se te olvidó por qué se meneaban las colas —lo cual tu haces con el cuerpo entero— y ahora escoges, sobre todo, momentos de rabia o frustración. Quieres derrumbar las paredes. Está despintándose la casa, nadie ha cortado el césped, el timbre no sirve. El 17 baja el valor de la colonia. Me creen viuda y que me acompaña un perro que a veces aulla en la noche. Te creen perro, ¿entiendes? Un enorme perro olfateando los postes de luz submarinos. La casa es un imán para los niños; se retan para ver quién se adentra más por el jardín que da a la calle como lote baldío. Caminan en el pasto alto con movimientos parecidos al nado, dejando tras de sí la marca de su paso. Entre los arbustos y bajo las piedras encuentran víboras que se echan a los bolsillos. También hay ratones de campo, lagartijas. Los cazan con resorteras y rifles de municiones. Pero han dejado de venir desde la vez que rompieron una de las ventanas de enfrente y no hubo reacción alguna de la señora o de su perro. Eso los asustó un poco y, además, o así habrán dicho para disimular su miedo, le quitó cualquier riesgo a su vandalismo.

No tengo que abrir la puerta para saber que en este momento estás llorando. Me atrae tu olor. Te fengo cariño, tú lo sabes, pero

Lagarto al miocardio



no debo entrar. Me sentaré aquí junto a la puerta para que me platiques. Yo también me siento sola pero, y eso, ¿qué? No vas a resolver nada batiendo tu cola contra la pared. Ya no eres chico. ¡Ja, inútil esfuerzo el cargarte ahora en una bolsa de plástico!

Algunos iban al Bazar Sábado, pero yo iba con mi hijo a la tienda de animales que estaba a un costado del parque Batallón de San Patricio. Le gustaste a Miguel. Le pregunté que por qué no un canario. Son parientes, ¿sabes? La mayoría de tus familiares dejaron de existir hace 120 millones de años. Sin embargo, tú recién habías roto la cáscara de huevo con tu pico. Ahora dabas ladridos cortos y agudos como pekinés. Fuiste incubado en ese lugar tan oscuro, polvoriento, entre colecciones de palomillas nocturnas pegadas a la pared. Era coleccionista el dueño. Su predilección por los reptiles era obvia. También tenía una sección de animales exóticos y ahí te encontramos. Del Nilo. Me encariñé. Eras tan pequeño y grotesco. Como una lagartija gorda y torpe. Tenías algo de pesadilla. Me pareció ilógico que te metieran en una bolsa de plástico transparente como las que yo usaba para envolver los sandwiches de mi hijo y, más, inmerso en agua. En absoluto parecías pez. Bajabas al fondo

Roberto Ransom. Licenciado en Literatura y Teatro por la UNAM. Entre sus obras destacan las novelas *En esa otra tierra* y *Pasha y Catino*, así como *El Señor Desnudo* (poesía).

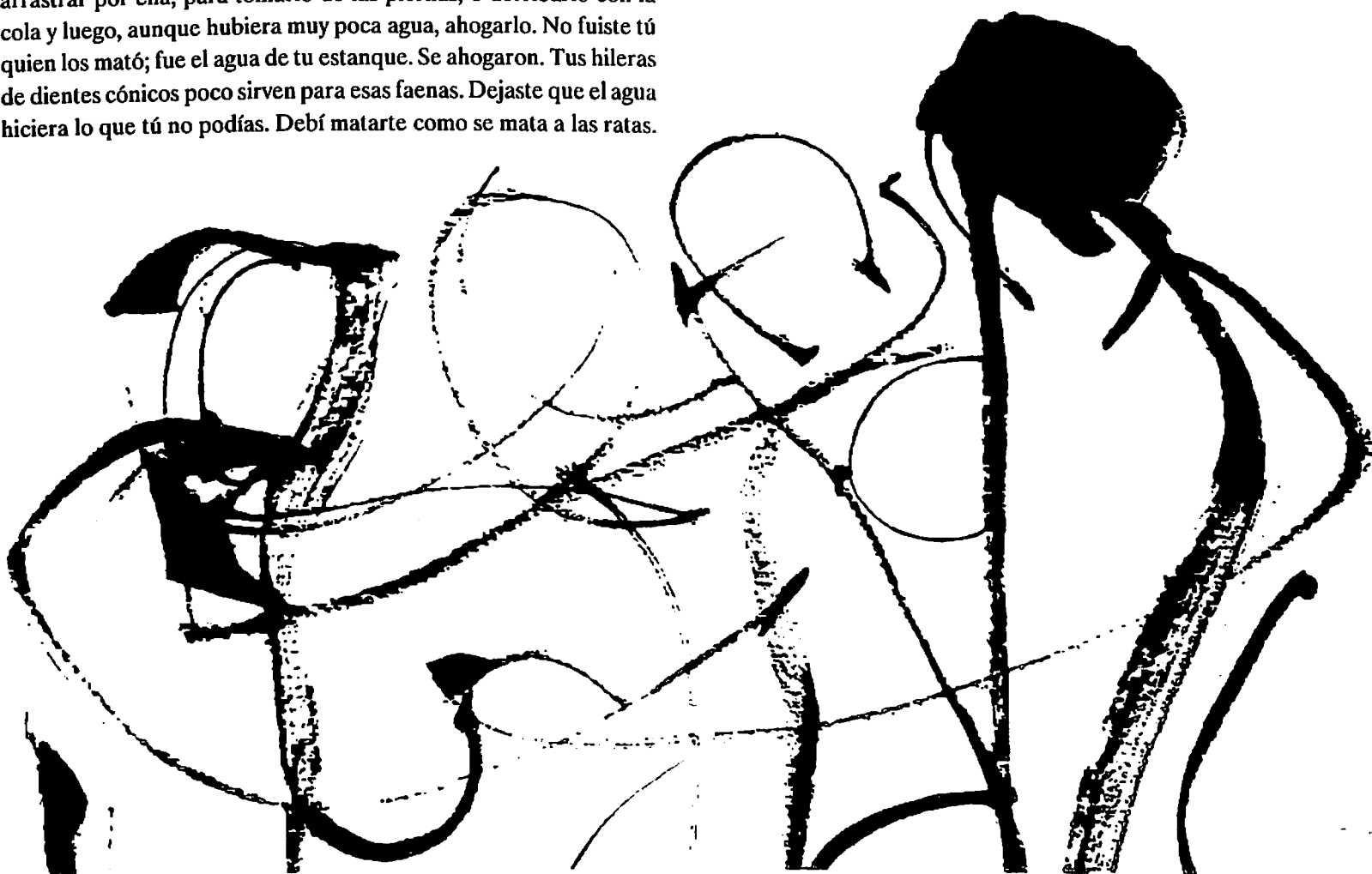
como un poco extrañado, volvías a subir, flotabas, mirabas hacia afuera... pero, sobre todo, remabas con tus cortas patas y avanzabas verticalmente por el agua pareciéndote, y esto te agració aún más conmigo, a un caballito de mar. Te compramos una pecera, con canicas de muchos colores en el fondo, pensando que estarías más contento ahí.

No es cierto que te quise matar. Sencillamente, cuando llegaste a medir lo suficiente para tocar el vidrio de la pecera –muy grande, por cierto– de un lado con la punta del hocico, y del otro, con la cola, me dio flojera mandar a hacer una pecera más grande –una cocodriltera, será. Leí que llegarías a vivir cien años si nada extraordinario te sucedía (¿ese algo extraordinario qué podía ser en uno de los grandes ríos de Africa?) y si tu existencia se desenvolvía en un medio natural (¿cómo se mide la naturalidad de un ser que comienza su vida en una tienda de animales en San Angel?). También leí que jamás morías de viejo. Si no fuera por los accidentes (alguien te matará por tu cuero) seguirías creciendo y vivirías eternamente. Eres lo más cercano en el mundo natural a un dios. Platicarás con mis bisnietos sobre nosotros. Mientras, caminas en el fondo de los ríos, donde el agua es irrespirable y te topas con el hipopótamo que hace lo mismo. Se saludan en el fondo donde caminan. *Good day. Good day.* Erguido, como los animales de dos patas que caminaron sobre la tierra doscientos millones de años antes de que apareciera el primer hombre. La imagen se me hizo tan cómica y, luego, tan atroz, que te eché a la taza de baño y jalé la palanca... Pero todo cambia en los ríos de Africa, salvo tú. Aparecías en la regadera de abajo, en el lavabo de la cocina, en el tinaco. Mi marido y mi hijo estaban de tu lado. Te colocaron en la regadera y veían muy entretenidos el que los acompañaras cuando se bañaban. Me aseguraron muchas veces que pronto te llevaríamos al zoológico.

Quisiera verte con los ojos ciegos, opacos, semi-cerrados, casi inexistentes, no como ahora, dorados y antes bien hermosos. Llegaste de un lado, o del otro, remontaste la corriente o te dejaste arrastrar por ella, para tomarlo de las piernas, o derribarlo con la cola y luego, aunque hubiera muy poca agua, ahogarlo. No fuiste tú quien los mató; fue el agua de tu estanque. Se ahogaron. Tus hileras de dientes cónicos poco sirven para esas faenas. Dejaste que el agua hiciera lo que tú no podías. Debí matarte como se mata a las ratas.

Ahogándote en una jaula inmersa en una cubeta con agua, dejándote ahí toda la noche, alimentándote animalillos envenenados. Imaginé que luego habías llevado a mi hijo a la superficie y en una danza grotesca girabas sobre tu cola como trompo, sosteniendo su cuerpo por una de las extremidades hasta lograr desmembrarlo. En mi mente repetías lo anterior, y yo temía pensar en ello, hasta que los pedazos fueran lo suficientemente pequeños como para caber en tu angosta garganta. Llevabas lo que restaba a una de las cavernas subterráneas, te sumergías con el torso hasta el fondo, donde lo aprisionabas debajo de algún objeto pesado. Regresabas a alimentarte del cadáver durante días, a veces semanas...

Pero ya no lo creo. Un día, durante uno de tus llantos, tuve una visión. Mi hijo entraba a una especie de pantano. Era el lugar donde tú lo habías llevado. Tendría once o doce años y se balanceaba sobre una canoa, hecha del tronco tallado de un árbol, para atrapar serpientes con un palo muy largo que en la punta se bifurca. Lo observo cumplir con un extraño ritual: las presiona detrás de la cabeza contra alguna superficie dura y luego las toma con la mano detrás de la mandíbula. Hay una cuerda que corre a lo largo del palo y termina en un lazo, por si logran zafarse o tiene que atraparlas en el agua. Viaja con un perro silencioso, recorriendo la ciénaga. No mata a las serpientes, a algunas las coloca en grandes bolsas de lona; a otras, las clasifica y les extrae el veneno, sosteniéndoles abiertas las fauces y estimulando el reflejo necesario para hacerles entregar su líquido en un frasco anteriormente clasificado. Luego las regresa al agua o a la tierra en el mismo lugar donde las tomó. Se va desvaneciendo la imagen. Busco comunicarme pero no me escucha ni me ve. Es como si viviera en otro mundo. Es mi hijo pero no lo sabe.



No creo que sea buena idea que te me acerques. Sé que quieres poner tu hocico en mi regazo, pero te puedo platicar desde aquí. Seguido, querrás ponerte tus goggles para nadar bajo el agua.

Una de tus noches de llanto no sé cómo convenciste a mi hijo para que entrara al baño. Nosotros le habíamos dicho que no acudiera a tu llamado porque tu manera de actuar nos hacía desconfiar. Le dijimos a Miguel que eras, en las horas o contados días que duraba tu desolación, como un perro rabioso. Ya lo habíamos metido a la cama. Decidimos, esa noche, tu llanto insoportable y agudo, llevarte cuanto antes al zoológico. Tu propio ruido te enfurecía, te lastimaba y tus aullidos se volvían más fuertes, llegando a sus momentos de clímax de modo cíclico a ciertas horas del día y de la noche.

Colocas tu cabeza en mi regazo como niño o marido. Mi hijo. ¿Así quieres que te diga? Mi amor. ¿Te gusta que te rasque aquí detrás de los ojos? ¿Quieres que te ponga una arracada de oro en la oreja? Pero ya no me llores. Ni me mires así. Suplicante. Tienes ojos de pez. Ya pesas. Tu cabeza, mil veces lo que tu pequeño cuerpo cuando te compramos. Quinientos pesos me pareció mucho por un animal. Te consuela mi voz, sólo así dejas de lamentarte. ¿Por eso me pediste que te acompañara? ¿Qué has hecho con mi hijo? ¿Con mi marido? También he entrado por ti, lo reconozco, aunque al comienzo me parecía insoportable tu llanto. Veíamos una película con el volumen alto, oíamos música, salíamos en el coche a dar una vuelta aunque fueran las cuatro de la mañana, con tal de no oírte. Estas últimas veces he aguardado tu periodo con ansias, y ni yo puedo saber en realidad cuál ha sido mi motivación.

Cuidarte, cambiar el agua de tu estanque, obtener animales como alimento... era rutina, me sentía guardián en un zoológico. Nos ignorábamos. Hacía mucho que tú habías dejado aquella pretensión de parecer mascota. Importaban sólo los momentos de tu delirio. Para mi marido, con el raciocinio típico de los hombres, lo importante era descubrir el misterio de aquellas horas, y volverse a encontrar con su hijo. Ya no te reprocho. Cuántas veces estuve a punto de matarte, y pensé cuál sería el modo más cruel de hacerlo. Oíste mis reproches y maldiciones. Busco hallarlos, siento su presencia y cercanía.

A veces siento que hemos sido afortunados de conocerte. Nos has arruinado. ¿Crees poder llevarnos a otra parte? Sé que tu estanque no tiene fondo. Veo las aguas lechosas, a veces tu cuerpo parece incoloro, y no es la profundidad de una tina. Sé que los lagartos no tienen fuerza para abrir las mandíbulas. Un niño puede sostenerles cerrado el hocico. Ya abierto, su poder es enorme. Una vez apresada la víctima, requeriría de un milagro el que lograra zafarse. En el instante en que yo quiera sostenerte cerrado el hocico sabré que se me ha ido la vida. Te lo pido. Que se me resbale de las manos. Tómame de la cintura y sumérgete conmigo.

Metepec, 1991



G. Utrilla 93